

## I

*Residencia psiquiátrica en algún lugar del sur de España, primavera de 2007*

Camilo Pedro Flores Padilla recorría aquella mañana de abril los pasillos del hospital psiquiátrico como quien deambula absorto de apaciguamiento por un balneario, sin asomo de amargura o enajenación en su rostro, y en la pequeña bolsa de deporte agarrada en una mano no llevaba demasiado peso como para dibujar en su cara los gestos del esfuerzo. Los vidrios de las galerías inundaban de sol las paredes blancas y, abajo, el jardín florecía con esa explosión sexual de la vegetación en primavera. El aroma de las adelfas traspasaba las ventanas. Un poco más allá del perímetro de piedra y verja metálica que rodea las instalaciones psiquiátricas, como si se tratara de una especie de castillo o baluarte de los pensamientos raros, se extendía el campo y los olivos. Los médicos, como era lógico, los enfermeros y enfermeras, los celadores, y en general todo el personal empleado en la residencia, habíamos ido adquiriendo hacia Camilo una confianza total a lo largo de los años. Llegó conducido por unos tipos de traje caqui, y fue ingresado cuando era un hombre joven; ahora se encontraba de pleno en sus días provecetos, con sus sesenta y un años de edad. Su comportamiento introvertido y su condición de

mudo post-traumático nunca habían ido aparejados a ningún episodio de violencia. Al final de un pasillo estrecho que parecía morir contra la pared, se abrían a mano izquierda unas escaleras que bajaban directas hacia los jardines, a los que se accedía a través de una pequeña puerta pintada de verde. La salida estaba vedada al acceso de los internos, y en ningún caso deberían bajar por aquella escalera si no era porque alguno de ellos se había despistado mientras vagaba desorientado, tal vez guiado por el aturdimiento de un psicotrópico. Pero a Camilo, ningún galeno de la mente de cuantos ejercíamos en la residencia le habíamos prescrito una medicación cotidiana. Yo mismo ordené que solo en momentos de profunda desesperación se le administrara alguna medicina del espíritu.

Y no era precisamente aquella espléndida mañana cuando Camilo, determinado en su fatal propósito, manifestaba ninguna perturbación anímica. La puerta verde tenía un insignificante candado algo herrumbroso, uno de esos candados Lince más disuasorios que seguros, que se abren con una horquilla convenientemente aplanada por uno de sus extremos. Camilo posó en el suelo frío la bolsa azul oscura con el emblema blanco de Adidas en los laterales, introdujo la horquilla en la exigua cerradura y comenzó a forzar el candado unos segundos. Le extrañaba que tardara tanto tiempo en ceder; volvió a intentarlo, al mismo tiempo que tiraba de la puerta hacia él. De pronto reparó en que hacía algo estúpido al intentar abrir un candado que se encontraba ya abierto desde el principio y por eso no cedía al tirar de la media anilla. Solo tuvo que girarlo y deslizarlo de entre los agujeros metálicos que lo sujetaban. Camilo agarró el manubrio de la puerta y lo bajó despacio, sin hacer demasiado ruido. El picaporte apoyado en el resbalón dentro de la puerta de metal emitió un sonido semejante al de un tornillo golpeando contra una lata.

Mantuvo el manubrio abajo y se quedó petrificado, sin moverse un ápice, en pausa. Y nervioso al pensar que aquel simple sonido que dentro de la estancia oscura había reverberado como un fugaz y diminuto estruendo podría haber alertado a alguien en el jardín. Pero fuera apenas habría resultado perceptible, y además, en el jardín no había nadie a esas horas del mediodía, tal y como, por otro lado, lo había previsto Camilo. Solo durante el paseo después del desayuno, entre las 8.00 y las 10.00 de la mañana, y el paseo de la sobremesa, alrededor de las 16.00, se dejaba salir a los enfermos afuera. Y los jardineros solían trabajar o muy temprano o al atardecer, cuando las hojas de los prunos y el horizonte comenzaban a confundirse. Recogió su bolsa del suelo húmedo y empujó con la mano izquierda la hoja de metal, cuyos rincones estaban llenos de telarañas. Los goznes también le jugaron una mala pasada al chirriar más de lo deseable. Miró atrás, arriba, a la leve luz que bajaba de las escaleras por las que él había descendido, tratando de descubrir si alguien lo perseguía. Ni siquiera en esos momentos previos a la muerte podía uno tener el corazón tranquilo, pensó. Puso el primer pie en las losas invadidas por la hierba, luego el segundo, y comenzó a caminar sin cerrar la puerta tras de sí por el sendero que corría más apartado de las galerías principales del edificio. Volvió a posar su bolsa de deporte al llegar a su árbol predilecto, un enorme magnolio bajo el cual había dispuestos unos pequeños taburetes contruidos en piedra. El tronco centenario del magnolio era descomunal y había invadido la zona de aquellas banquetas pétreas. La corteza se extendía en un perímetro sinuoso de al menos seis metros y se había apoderado del taburete de granito, cubriéndolo con garras arrugadas. Habitaba la residencia un interno que caminaba por todo el centro psiquiátrico y por el jardín con una maleta repleta de libros. Era famoso entre los otros locos porque hablaba siete

idiomas, entre los que se encontraban el griego y el latín; el problema es que hablaba los siete idiomas mezclados, una proeza aún más enrevesada que la de Friedrich Hölderlin, quien, al cabo de su locura, hacía lo mismo solo con tres: el alemán y las dos lenguas clásicas. Demasiado viejo para ser Hölderlin, este émulo de poeta romántico, políglota y enajenado había puesto un nombre hermoso a aquel banquito de piedra que parecía transformarse con los años en un árbol: el banco de Dafne. De hecho, el banco se sujetaba gracias a la fuerza del tronco que lo envolvía, y más que para sentarse, aquella mañana iba a resultar perfecto para el propósito de Camilo, justo allí, debajo de una gran rama. Enfrente del magnolio descansaba apagada una pequeña fuente de piedra presidida por algún diosecillo griego y dejaba ver reflejados en el agua quieta de su estanque las copas de los árboles, sobre todo la del magnolio, y el cielo azul entreverado en sus sombras. Abrió su bolsa de deporte y extrajo una soga algo más gruesa que su dedo pulgar. Lanzó arriba uno de los extremos, con tan buena fortuna o tan mala que, a la primera intentona, el cabo de la cuerda dio vuelta sobre la ancha rama y cayó de nuevo sobre la cabeza de Camilo, quien lo agarró y tiró de él hasta poder tenerlo a la altura convenida. Se subió al taburete de piedra inclinado haciendo un pequeño ejercicio de equilibrio, tal vez poniendo a prueba en exceso la capacidad física de un hombre de sesenta y un años, cuya vida se había sedentarizado desde el día de su encierro; a pesar de lo cual, Camilo conservaba de su anterior existencia, y lo había demostrado durante sus años de internado, una habilidad física y una resistencia prodigiosas, una flexibilidad de faquir. Así que no tuvo que hacer demasiado esfuerzo para trepar con la agilidad de un gato viejo hasta el púlpito de la muerte, aquel trampolín que tan lejos lo había de expeler. Por otro lado, la improbable caída desde el banco no habría constituido otro

riesgo añadido en su letal funambulismo que no fuera el de frustrar su propósito de suicidio. El otro lado de la soga venía preparado con antelación. En él, Camilo había resuelto un perfecto nudo corredizo, al más puro estilo del Oeste americano. Introdujo su cabeza en la o, su cabeza de geólogo, doctor y especialista en cartografía del petróleo. Luego fue tirando del extremo que colgaba de la rama y lo ató alrededor de ella. Aprovechando la inclinación del poyete de piedra le costó poco dejarse caer y sentir el crujido de su cuello. El tirón no fue lo suficientemente brusco como para descoyuntarlo y cercenar vida y conciencia en un imperceptible golpe de gracia. Le dolía y nunca había pensado que setenta kilogramos pudieran tirar tanto de sus cervicales —«se va a enterar ahora mi cuello de lo que pesa mi culo», dicen que profirió el poeta francés François Villon en circunstancias semejantes—. Enseguida fue sintiendo la asfixia, incluso intentó gritar, porque no dejaba de ser un cobarde, y miró el agua quieta de la fuente y se vio a sí mismo ahorcado, balanceado en el aire cálido de primavera, como un fruto inmenso y prematuro entre el espeso olor a adelfas y las ráfagas de madreSelva. Y su último pensamiento fue la diminuta mujercilla dorada, Aisa. Le pareció sentir amor hacia ella, desde luego cariño, y esto lo redimió en cierta medida justo dos milésimas antes de expirar.



## III

*Residencia psiquiátrica en algún lugar del sur de España, verano de 2008*

He decidido narrar en primer lugar el suicidio de mi paciente. Me consta que se trata de una introducción que podría tildarse de morbosa. Si esto fuera una novela de ficción podría incluso pensarse que el inicio con una muerte es porque el autor pretende hacer más atractivo su *thriller*, que quiere atar al lector con un comienzo de guinda envenenada; pero ni siquiera estas páginas deben considerarse novela (aunque voy a intentar narrar la historia como tal) ni, menos aún, se trata de ningún *thriller*. El nombre de mi paciente era Camilo, o Pedro, o Camilo Pedro, pues él no mostraba predilección por ninguno de sus dos nombres; sus apellidos también los han podido leer desde las primeras palabras de este libro: Flores Padilla. De todos, era «Pedro» el nombre que mejor le cuadraba: la palabra «pedro» contiene en sí, precisamente, las mismas letras exactas que la palabra «poder», solo que descolocadas. Dudo mucho que él hubiera leído nunca a Nietzsche el *siniestro*, pero de haberlo hecho no podría negarse su influencia en la especie de delirio de poder que lo fue invadiendo durante su alucinada estancia en la isla.